

INCERTIDUMBRE Y CONFLICTIVIDAD GLOBAL

Por Santiago Eduardo Juncal

Desde hace meses la economía mundial viene exhibiendo señales preocupantes. En su informe de perspectivas de octubre, el Fondo Monetario Internacional ha vuelto a recortar las expectativas de crecimiento tanto para 2019 como para 2020. El organismo espera que el presente año cierre con un alza interanual del 3% y que en el próximo se verifique una suba del 3,4%, cifras que de confirmarse se ubicarían entre las más bajas tras la crisis mundial de 2008-2009.

Entre las tensiones que prefiguran un horizonte brumoso para la actividad económica global, la disputa tecnológica y comercial entre Estados Unidos y China ocupa indudablemente un lugar central. Iniciada a principios de 2018 con la implementación de aranceles a los paneles solares por parte de la administración Trump, las tensiones entre los gobiernos de las dos principales economías del mundo han ido incrementándose a golpe de represalias comerciales y legales. Si bien se ha alcanzado una tregua bilateral que proyecta una reducción arancelaria por etapas, la endeblez de este nuevo acercamiento radica en sus imprecisiones y en incluir sólo parte de la agenda de negociación entre las dos potencias. El fondo de la cuestión se mantiene intacto: la improbabilidad de llegar a un acuerdo integral radica en que la gran potencia emergente busca desplegar sus capacidades de innovación y la única superpotencia global apunta a bloquearla para retener su liderazgo científico-tecnológico.

Pero a la importancia de esta disputa se suman otros elementos de peso en el escenario mundial. El interminable proceso de salida de Gran Bretaña de la Unión Europea resulta un lastre de proporciones para ambas partes, pero también un factor de parálisis para el capital transnacional. El llamado a elecciones británicas en diciembre y la nueva fecha límite del *Brexit* para enero de 2020 no hacen más que posponer este proceso que ha reducido la incidencia global del Reino Unido y desgastado al proyecto comunitario de una UE sumida en un crecimiento económico raquítico y en una desorientación estratégica. Asimismo, la persistencia de la inestabilidad en Medio Oriente también contribuye a la incertidumbre global. La renovada presión estadounidense sobre el gobierno iraní, los enfrentamientos en la frontera entre Turquía y Siria (inmersa en una guerra que lleva ya ocho años) y la crisis humanitaria en Yemen (propiciada por los ataques de los sauditas y sus aliados) constituyen expresiones relevantes de la conflictividad que atraviesa a una región hipersensible en la geografía mundial.

En este marco, la dinámica de revueltas que ha azotado a diferentes países del mundo en los últimos meses constituye a la vez resultado y obstáculo para la acumulación capitalista global. Más allá de las particularidades locales de estos movimientos de protesta (que incluyen lugares tan distantes como Francia, Líbano y Hong Kong), resulta imposible escindirlos de un contexto general de frustración de las expectativas socio-económicas en las sociedades que los convocan. El lugar central que ha ocupado América Latina en este mapa de conflictos emergentes tiene a las protestas contra las medidas de ajuste en Chile, Ecuador y Nicaragua, el descalabro venezolano, el golpe de Estado en Bolivia y la crisis política peruana como algunas de sus evidencias más

significativas. La incertidumbre y la conflictividad global serán así un signo de época que seguirá dejando su particular huella en nuestra región.